

T r e s d i v a g u e s e n t o r n o a l d o r m i r s i n s o ñ a r

Hace no sé cuántos años que me desvivo por averiguar qué le ocurre al ser humano cuando duerme sin soñar. Lo otro, el dormir soñando, ya no ofrece, comparativamente, tantos misterios: sabemos bien que el plano consciente queda como "apagado", pero la actividad inconsciente se mantiene activa, activísima, cumpliendo una función de la mayor importancia para nuestro equilibrio psíquico. Pero este "dormir soñando" ocupa apenas unos pocos minutos en el total del dormir, según muestran investigaciones de laboratorio que no dejan lugar a dudas. En el resto de la noche, y por largas horas, dejamos de soñar y pasamos a un estado enigmático, que es el que excita mi curiosidad.

¿Qué nos pasa, con exactitud, ahora que nuestro inconsciente también "se apagó"? ¿Dejamos por entero de psiquear? ¿Quedan remanentes de actividad psíquica? ¿Cuáles? ¿Cómo se comportan?

Ante estas curiosidades que se me volvieron acuciantes, intenté lo único que tenía a mi alcance: preguntarle a la Ciencia qué había averiguado al respecto. Y la Ciencia me contestó -si no le entendí mal- que es poco o nada lo que ha avanzado por este misterioso camino. Tal declaración de desconocimiento, a mí me deja las manos libres para proceder por mi cuenta. Entendamos: no es que pretenda emprender investigaciones propias, ya que carezco en absoluto de versación para intentarlo siquiera. Pero es que reivindico para el hombre común -que eso me jacto de ser- un derecho que no suele reconocérsele: el de lanzar libremente hipótesis, o mejor divagues, o aún meras fantasías, sobre temas que golpean a las puertas de su interés intelectual. Eso sí: a condición de que lo haga sólo cuando la Ciencia -como en este caso- no tiene nada que aportar sobre la materia; y con el compromiso formal de no pretender erigir en verdad fehaciente lo que no es más que paseo gratuito de la mente.

Sin embargo, antes de dar por inaugurados mis divagues en torno a un tema tan incitante como el del dormir sin soñar, quisiera dedicar algunas líneas a reivindicar el valor de la pura especulación paseandera y sin fundamento, los fueros de la mente libre y trotadora; mostrar que el recorrido gratuito de la imaginación puede abrirle horizontes y perspectivas inestimables al pensar humano, y alguna vez ayudarlo a fundar luego indagaciones más consistentes. La historia de la cultura humana es pródiga en ejemplos donde se produjeron anticipaciones sin basamento racional bastante, y que sin embargo dieron en el clavo mucho antes de que llegaran a ese mismo punto, sofocadas y tardías, la ciencia o la filosofía.

Habría que empezar por dilucidar, eso sí, si es que utilizamos siempre la mente como es debido.

No hablo de lo que suelen afirmar, yo creo que con razón, los entusiastas de la parapsicología y otros desvelos afines: que nuestra mente es dueña de facultades y poderes que aún se encuentran en demorado embrión, y que nos permitirían alcanzar logros insospechados. No: estoy mucho más acá de esa posibilidad potencial. Me refiero apenas al manejo cotidiano y pedestre que hacemos de nuestra mente, y afirmo entonces que hemos convertido a un instrumento de riqueza fabulosa en un dispositivo pusilánime y acobardado. Nos hemos acostumbrado a llevarla ceñida a nuestro flanco, embridada, constreñida a cumplir funciones subalternas -propias de personal de servicio-, a desplazarse entre góndolas rígidas como ésas de supermercado, por donde la obligamos a caminar como autómata sin apartarse nunca de esos

insulsos carriles que le prefijamos.

Para empezar, solemos someter a nuestra mente, por las buenas o por las malas, a los dictados de la lógica. No es que la lógica sea tóxica en sí misma, y hasta resulta utilísima para unas cuantas operaciones mentales con tal que sean de superficie; pero en cambio es, si no funesta, inservible para las de algún calado, que son las más. Y hay que andar muy precavidos ante la lógica y manejarla con mucho tiento, porque tiende a convertirse en la burócrata de nuestras facultades, y como todo burócrata, pretende que cuanto cosa toque se burocratice. Y hay procesos mentales -yo diría que la mayoría- que rechazan cualquier burocratización, porque si los "logicizamos" se desangran y petrifican a poco andar.

Nuestra mente se resiste visceralmente a que le apliquen pretales, encorsetamientos, regimentaciones. No acepta el rigor impuesto porque es de naturaleza anárquica (contra lo que algunos pregonan), y de pronto le vienen como arranques imprevisibles y divagantes en las direcciones más insólitas, bajo el impulso de una incontrolable pulsión caótica. ¡Cuántas veces, si fuera por la mente, saldría gozosamente desbocada, para desmelenarse por esos andurriales del universo a la buena de Dios! Pero nosotros le clavamos los frenos, la paramos en seco; y son tan fuertes y repetidos los sacudones de nuestros sofrenazos, que al final la malaventurada termina entendiendo que le conviene más andar al tranco, y ésa será su marcha resignada. Pero lo grave es que ese tranco tristón se vuelve también nuestro paso mental de cada momento.

El maltrato habitual que le infligimos a la mente se manifiesta de otra manera no menos penosa: le exigimos que rinda todo el tiempo, que nos aporte a cada paso algún provecho. Y no reconocemos la que es una de sus vocaciones más preciadas: funcionar sin servir a ningún fin, dedicarse a bogar a la deriva, llevada por vientos erráticos. ¡Ah, qué bien conoce la mente el placer de navegar por el navegar mismo, la fresquísima y deleitable fruición de actuar (de ser) sin objeto alguno!

Lamentablemente nos han enseñado a despreciar a lo inútil bajo la acusación de "inservible" (¡como si hubiéramos venido a la vida para servir!). Lo que no es útil, ¡qué diablos! , no es. Se nos ha inculcado una óptica de almaceneros minoristas: lo que importa es el rendimiento, la eficacia. Seamos francos: la ganancia, el provecho contante y sonante.

Pero yo observo que la vida (y tal vez es lo que la salva) suele ser pródiga en inutilidades, abunda en objetos, seres y sucesos que no sirven para ganar dinero, o posiciones, o poder, pero que son insustituibles. A ver: ¿para qué sirve el color violeta? ¿qué rendimiento deja el horizonte? ¿qué rédito produce una nebulosa? ¿cuántos peldaños nos hace subir en la escala social la espuma que va ufánamente montada arriba de la ola (o de la cerveza) ?

Pobres de nosotros si no nos damos cuenta a tiempo de que hay dimensiones decisivas de la mente que son eminentemente lúdicas. Afirmo más: que la mente, en su mecánica, es mucho antes lúdica que utilitaria. Pero nosotros le hemos amputado toda dimensión de juego, de gratuidad. (Por eso la mente anda muchas veces triste; como andaría triste un deportista nato a quien no se le permitiera mover a gusto su musculatura).

Confío en que algún día se incorporará a la enseñanza de la escuela o del liceo una asignatura obligatoria que se denominará algo así como "la mente jugando". En ella no se impartirá conocimiento alguno; sólo servirá para aplicarle a la mente juegos libres, manejos inutilitarios. Eso sí, se le inculcará al alumno que debe otorgarle a su mente la soberana libertad de jugar sin restricción alguna, y se lo adiestrará en ejercitar la "inútil" práctica de permitirle avanzar por las pistas de despegue que ella misma elija (así contribuiremos a formar una humanidad por fin desvariante, que tanta falta nos hace).

Algo así me ocurrió con este asunto del dormir sin soñar. No bien la Ciencia tuvo la franqueza de informarme que, lamentándolo mucho, no podía aportarme esclarecimientos válidos sobre el tema, no demoré ni un minuto y corrí exultante al encuentro de mi mente en su celda para comunicarle: "Ahí tenés un campo tentador para salir a corretear a tus anchas. Galopá por donde se te ocurra y todo el tiempo que quieras. Algo quizás extraiga yo de tus desenfrenos".

Y por cierto la mente no desaprovechó la invitación. La vi encenderse con la pasión del caos, salir a la intemperie liberando las crines, y así, piafando de entusiasmo, lanzarse a recorrer mil llanuras que la tentaron, sin preocuparse por retribuirme con premios de certezas ni ganancias de caja registradora.

Y ahora sí vamos al tema del dormir sin soñar.

Cuando tratamos de imaginar cómo funcionaría el dormir sin soñar, la idea que primero acude a nuestro entendimiento es la de que la persona en esa situación se halla psicológicamente inactiva, puesto que tiene "desenchufado" el plano consciente y también el inconsciente. Cesación completa, pues.

Sin embargo, en este punto que parecería indiscutible, la mente me vino a susurrar algunos primeros divagues que no me pareció conveniente desechar de buenas a primeras. ¿Y si hubiera en el dormir una actividad inconsciente que no generara sueños? ¿si soñar fuera tan sólo una de las funciones del inconsciente en ese estado, pero no la única? No se ha detectado, que yo sepa, ningún indicio que nos avise de esa otra dimensión no onírica de la actividad inconsciente durante el dormir; pero ello puede indicar tan sólo ignorancia transitoria por insuficiencia de la investigación.

La mente, entonces, se solaza en seguir trotando en la dirección que traía, e imagina que en el dormir sin soñar no habría quietud, cesación, sino actividad. El durmiente no estaría en estado de "no", sino de "sí". El yo aprovecharía ese estado para entablar contactos en profundidad con territorios fundamentales del ser, a los que no tendríamos acceso ni en la vigilia ni en el sueño. Acá no puedo menos que fruncirle el ceño y llamarla al orden: "Me parece demasiado abstruso eso de **territorios fundamentales** y de **contactos en profundidad** con ellos. ¿De qué estás hablando? Mirá que no podemos permitirnos vaguedades ni formulaciones difusas, tan propias de la inclinación natural de tu funcionamiento. Nuestros enemigos, los hombres serios, no nos perdonarían".

En respuesta, la mente no demora en presentarme con alegre suficiencia algunos divagues deportivos que se le habían ocurrido. Varios de ellos, a decir verdad, me resultan por demás seductores. Pero no me dejo tentar por esas golosinas del pensamiento, y decido quedarme con tres, que le abrieron portales incitantes a mi imaginación y me hablaron de experiencias que me son particularmente caras. ¿Y si algo de esto ocurriera realmente?

Divague uno. Me señaló la mente, en este primer jugueteo, algo con lo que no pude menos de concordar: en nuestra actividad de todos los días, no hacemos caso alguno de lo que son, sin embargo, dos fuentes hondas de las que provenimos, pero que omitimos reconocer con desaprensión inexplicable. En efecto, no ocupa ningún lugar en nuestras preocupaciones habituales, ni nos parece necesario destinarle ni un chispazo de pensamiento, al vínculo hondo que mantenemos con lo viviente, y el más hondo todavía con lo inanimado. ¿Cómo desconocer, sin embargo, que lo vivo y lo inanimado conforman juntos la matriz última de lo

que somos? ¿Podemos saltarnos así como así esa conexión oscura con lo que nos constituye? ¿Es legítimo actuar y pensarnos como si no perteneciéramos al "club" de lo viviente -nietos de lo zoológico, bisnietos de lo vegetal-, o a la grey de lo inanimado, que llevamos en nosotros en forma de átomos, minerales, sales, sustancias químicas y quién sabe qué otros ingredientes que ignoro? A la verdad, hemos roto toda atadura consciente con tales raíces, no reconocemos ningún parentesco con ellas, al menos en vivencia.

Pero cuesta imaginar que el ser humano pueda sostener en alto su naturaleza y entera su identidad de fondo, sin conservar una corriente asidua de intercambio con esas nutrientes pre-humanas de donde proviene, manantiales activos que aún siguen manando en el subsuelo de su condición.

Y como no alcanzamos a percibir qué parte de nuestra humanidad se ocuparía de esos menesteres de hondura, la mente se atreve a aventurar una hipótesis-juego que resulta difícil desautorizar: esa tarea se cumpliría a ciegas durante el lapso oscuro del dormir sin soñar. El yo "bajaría" a realimentarse cada día en nuestras raíces subterráneas pre-humanas. Tal sería el dormir sin soñar: una incursión -mediante mecanismos que nos son desconocidos hoy- en las aguas originales de lo viviente y de lo inanimado, traspasando las fronteras de lo específicamente humano. De ahí la necesidad diaria -concluye la mente intrépida- de "apagar" al máximo nuestra naturaleza.

Así mantendríamos encendida nuestra conexión necesaria con lo que nos constituye más allá de lo humano, a la vez que consolidaríamos la unidad y continuidad indispensable con nuestros orígenes.

Divague dos. Mi mente oyó mencionar en infinitas ocasiones, aunque lo recibió siempre con escepticismo y perplejidad, a esa entidad bien conocida que suele denominarse "el inconsciente colectivo". Todos intuimos de qué se trata, aunque nadie ha podido establecer con precisión si existe realmente, en qué consiste, cómo funciona, y si mantiene alguna forma de conexión viva con cada uno de nosotros.

La noción de inconsciente colectivo, parece, como hipótesis, más que aceptable, pues uno piensa que si la experiencia del yo se redujera a lo que podemos recoger individualmente en nuestro contacto con el mundo y con los demás, el resultado sería increíblemente limitado y parvo. ¡Es por demás dudoso que ningún hombre pudiera sobrevivir atenido únicamente a ella!

No podemos menos de pensar, por lo tanto, que debe existir algún mecanismo que nos permita trascender la exangüe experiencia individual, y complementarla con vivencias de riqueza incomparablemente mayor, que nos permitan sobrepasar los límites tan estrechos del yo. La idea del inconsciente colectivo provee, pues, una explicación convincente de esa complementación indispensable: cada individuo sería capaz de beber en la experiencia conjunta de la especie, y recoger en ella vivencias de proyección más universal, que ensancharían extraordinariamente los ventanales de su vivir.

Pero de hecho no sabemos siquiera si somos capaces de establecer alguna conexión con el hipotético inconsciente colectivo, y mucho menos de qué mecanismos podríamos valernos para extraer de él las riquezas compartibles de lo humano. Por fortuna, la mente navegante no se arredra ante obstáculos, y acude solícita para hacerme imaginar que quizás, cuando dormimos sin soñar, lo que haría nuestro yo sería "salirse" de ese cuerpo apagado y de ese psiquismo apagado, para ir a establecer contacto con los limos colectivos de la especie. Esa inmersión diaria -insiste en aventurar la mente- nos sería indispensable para cargar y recargar nuestra individualidad con vivencias tomadas de lo común de lo humano. Y sería en esos momentos del dormir sin soñar, cuando el inconsciente colectivo nos trasvasaría desde lo

hondo las experiencias supraindividuales que nos hacen falta para completar y enriquecer la parvedad de nuestro yo aislado.

Divague tres. En esta tercera propuesta que me trae la mente, entramos en un terreno que habría que llamar "religioso". Pero religioso dicho con un alcance significativo muy vasto, que cada cual adaptará a sus ópticas y creencias personales, y que está más allá de iglesias y parroquias.

Pretende la mente -y se la puede acompañar en su parecer- que la existencia humana no alcanza su más valedera dimensión si no se proyecta hacia una vivencia de globalidad, de unicidad, que trascienda al yo y lo haga consustanciarse con una entidad mayor y totalizadora. Unos hablarán de Dios, o del Todo, o del Uno (y no faltará algún fantástico aislado que le invente un nombre y lo llame Eis). Hay hombres "techados" como hay culturas "techadas"; esto es, que prescindan de esa proyección hacia algo más alto y se conforman con no salirse del molde humano (la cultura de los cinco últimos siglos en Occidente -racionalista, positivista, científica, utilitaria- ha sido en importante medida una cultura "techada"; pero hoy abundan signos de que está caducando este cerramiento, y que empieza a abrirse paso una cultura de signo opuesto, aunque recién nos llegan algunos vislumbres de esa nueva cosmovisión que quiere tomar forma).

Para ese hombre no techado -esto es, de temple religioso en su sentido más amplio-, hay una experiencia insoslayable, que consiste en la consustanciación con esa entidad superior a la que lleva referido su ser. Y para ese hombre de natural religioso, una vivencia así necesita ser renovada, re-vivida, asiduamente, porque constituye como un sostén alimenticio para mantenerse en la órbita vivificadora de la trascendencia. Entonces -me sopla la mente deportiva- habría que preguntarse si ese dormir sin soñar no abrirá el camino y proporcionará el vehículo para que esa vivencia de conjunción con la totalidad plasme y se consume en plenitud. Allí ocurriría el ascenso del yo hacia esa comunión con la entidad superior, Dios, Unicidad, Globalidad, (Eis), o como se lo nombre.

Nuestro ser, a pesar de ese cuerpo que se diría apagado, no obstante ese psiquismo que parece no funcionar, "saldría" a la búsqueda de ese polo trascendente con el que consustanciarse, y así renovar la vivencia de mayor altitud y calado que al hombre religioso le es dado experimentar.

Tales los tres divagues en que preferí anclar, exploraciones juguetonas de la mente, que si bien miramos, no se excluyen entre sí, y podrían darse aunadas y simultáneas. Ciertamente, ningún saber científico abonará la seriedad de estas meras hipótesis; pero atención: ningún saber científico podría tampoco invalidarlas hoy. Allí queden.

Dos razones distintas -pienso- me llevaron a aceptar, por sobre otros, estos tres juegos gratuitos de la mente librada a su arbitrio. Por un lado, yo no puedo soportar la idea de que pasemos la tercera parte de cada día -que es decir la tercera parte de nuestra existencia toda-, sumidos en suspensión casi completa del vivir, en situación de nada, o poco menos. ¡Un tercio entero de nuestra vida en estado de tablón! Pero como yo no creo que el ser humano pueda ser un tablón, me resisto a la idea de que el dormir sin soñar sea como el ensayo general de la nada absoluta. Algo debe seguir ocurriendo en las profundidades, aunque sea fuera de nuestra vista, más allá del opaco reposo o del mantenimiento al mínimo de las funciones vitales.

La segunda razón me resulta más poderosa todavía. Yo creo profundamente que sea cual sea la condición última de lo humano, ella exige como mínimo un hombre completo, plenario;

hombre desde las raíces hasta el follaje. Pero pienso que nadie puede ser completo y plenario, si no refuerza y cultiva su hondísima ligazón con los fondos que vienen desde más abajo de lo humano, desde las bases primarias del ser, vivientes y no vivientes; y que no se puede ser plenario sin una comunicación muy viva, muy nutricia, con los trasfondos de lo colectivo, con la riqueza completa de la especie; y muchísimo menos se podrá ser plenario si no nos remontamos hacia más allá del yo, hacia la vivencia de totalidad, hacia la unidad de todo, que unos llamarán Dios, otros como prefieran (y algún divagante, Eis).

Me resulta tentador hacerle caso a mi mente y a sus juegos "inútiles". En vez de ser cada noche tablonés, aprendices de cadáveres, seríamos exploradores de lo oscuro, que dejamos por unas horas el marco del yo habitual para ir al encuentro de riquezas indispensables, más allá de las fronteras conscientes y quién sabe si no también inconscientes.